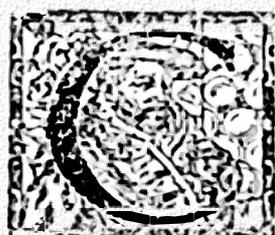


Euclides Guzmán (1)

## El hombre que venía de la pampa (2)



ADA vez que pasaba yo frente al maestro Víctor, de ida y de vuelta del almacén, lo saludaba con una frase completa: «Buenos días, maestro». Siempre estaba él componiendo zapatos, detrás de la pequeña mesa, repleta de los objetos más excitantes. Nunca dejó de responderme con cortesía, incluso tratándome a veces de «señor». Y como mi estatura apenas sobrepasaba la de la pequeña mesa, era capaz yo entonces de apreciar esta familiaridad en todo su valor.

Era difícil concebir una persona más interesante que el maestro Víctor. Tenía unos cuchillos curvos, sobre todo uno con cacha de hueso, que cortaban la suela como navajas, hacía agujeros en hileras perfectas con la lezna, y podía disponer de grandes cantidades de estaquillas blancas, de tachuelas, de ojettillos edondos. También sabía hacer hormas de madera de peumo y cuando se dedicaba a ellas, se llenaba el cuarto con la fragancia que salía de la sierra. Además fué el maestro Víctor quien plantó

(1) En 1947 obtuvo el tercer premio en el Concurso de Cuentos del Sindicato de Escritores de Chile, con su tomo del mismo título. Demuestra un bello estilo, cultura y modalidades narrativas de gran originalidad.

(2) Inédito,

el enorme sauce que crecía casi al frente de su puerta, entre las dos acequias de riego. De cuando en cuando, él mencionaba este hecho con modestia. Por este tiempo conté siempre con su promesa de que cuando fuese grande me enseñaría a hacer zapatos y hasta me permitiría cortar la suela con el cuchillo blanco.

Sin embargo, por esa época tenía yo decidido que cuando grande sería regador. Nada podía parecerme más formidable que Juan Manuel pudiese arremangarse los pantalones hasta la rodilla y meterse en el agua cuanto quisiese. Deslizaba la represa por la acequia, deteniéndola frente a cada surco y se quedaba afirmado en la azada, mirando. La gente de mi casa no me permitía ayudar en esta faena porque decían que mojaría mis zapatos, y nunca logré convencerles de que ese peligro podía subsanarse quitándomelos. Sólo después de mediodía, cuando se recogían todos para un rato de siesta, me era posible ensayar mi futura profesión. Esperaba que Juan Manuel mandara el agua por el nuevo surco y me iba avanzando al lado de ella, siguiéndola con verdadera fruición. Al principio el agua se atropella sin orden alguno, pero luego, cuando se da cuenta de que dispone de todo el tiempo que quiera, empieza a caminar mostrando toda su gracia. La cabeza del agua posee una especial habilidad para avanzar por lo desconocido y va buscando y palpando vivamente el terreno. A veces se divide en dos pequeños brazos que luego se topan en los extremos formando una diminuta isla, que comienzan a estrangular lenta y seguramente, hasta que desaparece. Otras veces, por avanzar demasiado a prisa, forma un hilo largo que podría cortarse, y entonces, dando una vuelta sobre sí misma, se detiene un rato a esperar a la que viene retrasada; comienza así poco a poco a engrosar y luego prosigue su avance con nuevo brío. Yo me inclinaba sobre el suelo a observar lo que ocurre cuando llega a las pequeñas grietas del terreno y cae en ellas hasta rebalsarlas. Entonces sale a veces una multitud alarmada de pequeños bichos que corren en todas direcciones, tratando de escapar a la gigantesca inundación. Algunos alcan-

zan las partes más elevadas, que luego son islas que al cabo sucumben también a la catástrofe. A veces logran asirse a trocitos de paja y madera seca que flotan entre la espuma del agua. Pero casi siempre es una lucha inútil y la implacable invasora lo rebalsa todo, indiferente al espanto que siembra a su paso. Cuando alguno de estos insectos se ganaba mi simpatía por su especial tenacidad en esta lucha apasionante, cuando todas sus posibilidades concluían, yo le ofrecía la salvación aproximándole un asidero. Lo colocaba en seguida cuidadosamente en un sitio seguro, saboreando la satisfacción de mi extraordinario poder.

Hasta que apareció el hombre que venía de la pampa. Era casi un gigante con la cara negra y los ojos pequeños. Desde el primer día, eligió como respaldo para sentarse el tronco del sauce del maestro Víctor y allí se pasaba gran parte del día, a veces tallando un trocito de madera con su cuchillo, a veces durmiendo.

Todos los muchachos comenzaron a referirse a él y a admirarle, como también los hombres que acudían al almacén y hasta el mismo maestro Víctor. A veces parece que relataba cosas fabulosas acerca de la pampa, sólo a algunos privilegiados, ya que era poco comunicativo, y entonces no había más remedio que participarse estos relatos unos a otros. Lo malo es que nadie se preocupó nunca de hacerlos llegar a mí en forma comprensible, a pesar de todas mis preguntas. La gente de mi casa, tan indiferente siempre y tan ajena a todo lo que podía ser interesante, debía ser la última en reparar en este personaje. No logré, a pesar de todos mis esfuerzos, que se interesasen verdaderamente por él y se limitaron a continuar sus vidas sin el más leve cambio.

Esta idea nueva de la pampa eclipsó por entonces todas mis ambiciones. Era para mí una palabra desconocida, y el lenguaje suele tener un encanto mágico, cuando las palabras no se conocen. La imaginación a veces agranda tanto su significado, que se evita preguntar por ellas, cuando el misterio se hace aterrador. Por este mismo tiempo, recuerdo que mi padre plantó al fondo

de nuestra propiedad—casi una selva virgen para mí—un pequeño bosque de álamos. En las tardes acostumbraba invitarme a «ver el bosque». Yo nunca supe lo que esta palabra significaba, porque los árboles eran apenas unas pequeñas varillas enterradas en el suelo, incapaces de llamar mi atención. En cambio, cuando mi padre se detenía y miraba largo rato frente a sí, siempre creí que el bosque era una enorme y oscura caverna formada por arbustos y zarzamoras que quedaba al otro lado y que con toda facilidad poblaba yo de extraño misterio. Me parecía inverosímil que a mi padre le interesase ir diariamente a ver eso y empecé a darme cuenta de que su mundo no me era tan conocido como hasta allí había creído. Junto a ello, comenzó a nacer entonces sin duda ese sentimiento de soledad, que no hace sino agrandarse a medida que transcurre el tiempo.

Mis hermanos asistían ya a la escuela. Se había instalado en el camino hacia ella uno de los «albergues» que nacieron de las avalanchas de cesantes venidos del norte. Si yo relataba a mis hermanos alguna hazaña de mi nuevo héroe, la recibían ellos con desdén y podían abrumarme fácilmente echándome en cara su paso diario frente a ese albergue. Yo nunca le conocí ni tenía la posibilidad de ir hasta allá, y resultaba en verdad para mí casi imposible concebir un lugar como ése, en que estuviesen reunidos al mismo tiempo algunas docenas de ejemplares como el que yo conocía. Luego era preferible descartar también a mis hermanos de este asunto, si no quería exponerme a sus jactancias

Sólo María, la muchacha de la cocina, encontraba a este personaje tan admirable como yo. Con ella podía hacer entretenidos comentarios, especialmente después de comida, mientras lavaba ella la loza. Decía que los hombres de la pampa eran todos así, grandes, fornidos, y que poseían el vigor de varios hombres corrientes reunidos. Que no temían a nada y eran capaces de las más extraordinarias empresas. Sin embargo, siempre me pareció que María sabía de todo esto muy poco más que yo.

—¿Dónde está la pampa?

—Está muy lejos, pa'l norte.

—¿De aquí a la luna?

—Sí, pero le digo que pa'l norte.

—¿La luna no está en el norte?

—No, pues. Es mejor que se vaya a acostar.

El maestro Víctor, en cambio, sabía muchas más cosas. Conocía el salitre y podía explicar para qué servía y cómo se usaba. Sabía cómo era la pampa y sus diferencias con otros lugares.

—Maestro Víctor, ¿la pampa es lo mejor?

—Bueno... Sí. Por el salitre. Pero el salitre es de los gringos.

—¿Los gringos son gigantes?

Mucho más me habría gustado hacer estos comentarios directamente con el hombre de la pampa. Pero como él estaba siempre entre las dos acequias, sentado en el suelo y la espalda apoyada en el tronco del sauce, era muy difícil acercársele. Salvo que uno caminase decididamente hacia él por entre las acequias, lo que por cierto habría sido demasiado.

Supe que preparaba este hombre trampas para cazar liebres, consistentes en lazos de alambre finísimo, atados a una estaca. Ellas le daban como resultado una liebre diaria, que le cocinaba la señora Angela. Casi toda la tarde la pasaba junto al sauce, hasta que volvían algunos obreros de la fábrica de ladrillos y le invitaban a tomar unos tragos. Nunca le ví hacer otra cosa que tallar trocitos de madera con su cuchillo, pero tal como todos los demás que le conocían, sabía que era capaz de cosas formidables. Yo y mis amigos no teníamos duda alguna acerca de su fortaleza y valentía, y nos entreteníamos a veces en imaginar las hazañas que habría realizado o que podría llevar a cabo en cualquier momento. Era esto tan evidente, que luego dejó casi de maravillarnos, al menos a mis amigos. «Pero es que él viene de la pampa», era la explicación de todo. Personalmente, no podría haber quedado satisfecho con una explicación así.

La pampa debía ser un sitio único. Se podría vagar en ella sin duda hacia donde uno quisiera. Comenzar en la mañana muy temprano, junto con el sol, conocer lugares nuevos, estar en ellos un tiempo y dormir después en cualquier parte, a la hora que uno quisiera. Todos debían ser allí aventureros. Y serían también un poco malvados. Siempre imaginé después en la escuela pública, cuando nos hablaban de historia sagrada, que los filisteos debían venir todos de la pampa.

Mis conjeturas se habrían solucionado sin duda si me hubiese atrevido a encarar de frente a este individuo. Pero me parecía casi inabordable. Muchas veces me detuve en la orilla de la acequia largos ratos, con la esperanza de recibir algún gesto amistoso que me invitase a acercarme. Pero el hombre impassible, apoyado en el sauce del maestro Víctor, estuviese tallando un trocito de madera o estuviese sin hacer nada, no parecía reparar siquiera en mi presencia. Lo que no hacía sino aumentar mi interés y multiplicar mis fantasías.

A veces me parecía inútil que yo luchase solo contra tantas dificultades. ¿Cómo era posible que ningún otro en mi casa, fuera de la María y yo, se interesara seriamente por saber más acerca de la pampa? Nunca había conocido una indiferencia tan impresionante. Uno de esos días me preguntaron mis familiares, como hacían siempre, qué sería yo cuando grande. Sabía ya que no debía revelar mis propósitos de ser regador, porque ellos no comprenderían, a causa del peligro de que mojase mis zapatos. Pero se rieron muy extrañados, sin comprender tampoco, estoy seguro, cuando dije: «Me gustaría... mejor... venir de la pampa...».

Debía así contentarme sólo con mis conversaciones con la María, en la cocina. Habíamos llegado a formar, tácitamente una verdadera alianza, cimentada en nuestras comunes inclinaciones. Siempre demostraba ella gran entusiasmo por hablar de nuestro personaje y últimamente había agregado a ello el sigilo, lo que hacía nuestras charlas cada vez más apasionantes.

Cerraba la puerta de la cocina cuando me veía entrar y comenzaba a inquirir de mí todos los detalles que había logrado reunir durante el día. Me sentía halagado por mi importancia y feliz de conocer una mujer tan interesante como ésta. Aunque, a decir verdad, a menudo me defraudaba su falta de imaginación. En efecto, ella prefería saber detalles precisos de lo que nuestro héroe hacía durante el día, lo que se reducía casi a constatar desde qué hora se había instalado junto al sauce y quiénes le invitarían después en la tarde a beber a un rincón del almacén. Incluso parece que en este terreno desconfiaba de mi acuciosidad porque ahora salía ella misma más a menudo de compras, aún a traer aquellas cosas fáciles que antes me encargaban a mí.

Me fuí convenciendo de que cuanto me interesaba descubrir debía lograrlo por mí mismo. Después de todo, se trataba tan solo de avanzar por entre las dos acequias, decididamente, hasta llegar al pie del sauce y encarar a nuestro personaje. En las noches, en mi cama, ensayaba esta escena, a veces con el hombre sentado al pie del árbol, a veces sin él, para que resultara en un comienzo más fácil. Cuando todo iba más o menos bien y podía mantenerme a pie firme delante de él, reparaba en que me estaba imaginando la escena de noche y no a la luz del día, como sería en la realidad. Seguía así perfeccionándola, puliéndola, hasta que quedaba decidida su realización para el día siguiente.

Sin embargo, nunca faltó algún detalle no previsto que aplazara el encuentro. Hasta que todo se estropeó definitivamente.

Debí quedar, en efecto, como antes, tal como si nada hubiese ocurrido. Ni siquiera quise hacer preguntas. Guardé para mí solo mis inquietudes y de nuevo, a la hora de la siesta, solía ayudar en su trabajo a Juan Manuel. Porque el hombre que venía de la pampa desapareció de pronto, inexplicablemente, la misma noche que María, la muchacha de la cocina.